

sobre las posibilidades del trabajo de reconstrucción de la figura de Jesús y de su obra, a partir de los análisis de los textos. Estos intentos resultan oscuros; el A. se olvida por completo de la función hermenéutica insoslayable de la Tradición y del Magisterio; estas lagunas del horizonte hermenéutico a la hora de hacer la exégesis de los textos constituyen, en mi opinión, la mayor y más grave debilidad e inconsistencia de la plataforma hermenéutica que propone el A., prof. de S. Escritura en el Centro de Estudios Teológicos de Caen.

«Nouvelles pratiques» lleva por título el *cap. IV* (pp. 120-139), que se ocupa de tres modos, tres *praxis*, de aproximarse a la figura de Jesús, que han alcanzado un cierto eco en la literatura europea de estos últimos años. La primera que reseña es la que llama *Aproximación materialista* (pp. 120-125): se trata de la «lectura» del Evangelio en clave materialista-marxista, según una gama de intensidad en cuanto a este último adjetivo sobre todo; el juicio del A. es reservado, manteniéndose a la expectativa de los resultados que tales «lecturas» puedan ofrecer para nuevas y eventuales estructuras eclesiales. Entre estas nuevas «prácticas» elenca el A. en segundo lugar el *Análisis estructural* (pp. 126-133): por ser muy recientes los trabajos de aplicación a la Escritura de estas disciplinas del lenguaje, el A. deja abierta la posibilidad, para un futuro próximo, de la utilidad de estas nuevas disciplinas. Finalmente, la tercera «pratique» que menciona es la *Aproximación psicoanalítica* (pp. 133-139): el juicio sobre las posibilidades de esta corriente lo deja para más adelante, cuando se pueda contar con estudios más abundantes y precisos.

Un *quinto y último capítulo* se dedica a «Nuevas cuestiones teóricas» (pp. 140-150). El A. hace un planteamiento de cuestiones y horizontes variados, que se abren hoy día a la Exégesis. Tales son las perspectivas de la *Teología Bíblica* y de la *Hermenéutica*; los problemas de las relaciones entre *texto sagrado e historia* y la *cuestión general del sentido* de la Escritura. El capítulo esboza consideraciones que, de una u otra manera, asaltan hoy el pensamiento y las preocupaciones de los exégetas y son objeto de coloquio en los encuentros de escrituristas; el A. no propone soluciones, sino más bien apunta perspectivas, posibilidades y dificultades.

La extensión de esta reseña expresa por sí misma el interés que me ha suscitado la temática abordada por el libro del prof. P. M. Beaude. A lo largo de la recensión, sin embargo, queda manifiesto mi desacuerdo en no pocos puntos, algunos relativos a cuestiones tan fundamentales como los principios hermenéuticos de la Exégesis católica de la Biblia.

JOSÉ M.^a CASCIARO

José M.^a CASCIARO, *Qumrán y el Nuevo Testamento: aspectos eclesiológicos y soteriológicos*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra («Colección Teológica», 29), 1982, 236 pp., 16 x 24.

Estudio riguroso y profundo el que presenta el Dr. Casciaro, profesor ordinario de Sagrada Escritura en la Universidad de Navarra, sobre las

relaciones formales y de contenido entre Qumrán y el Nuevo Testamento en dos puntos tan importantes como el término *ekklesia* en el campo ecle-siológico y *mysterion* en el soteriológico.

Por estar escrito el Nuevo Testamento en griego es lógico que la se-mántica helenística haya sido punto de referencia constante; ya los Stos. Padres y los Doctores medievales siguieron esa línea de interpretación; en tiempos recientes baste citar el norme esfuerzo de R. Kittel en el ThWNT, en el que cada articulista dedica un amplio espacio al análisis de obras griegas para rastrear el significado de las palabras del N. T.

Sin desdeñar radicalmente esta vía, está cada vez más claro el tras-fondo semita de los libros canónicos del cristianismo; es en el Antiguo Tes-tamento y en la literatura judía donde hay que buscar el sentido de los términos neotestamentarios. En este convencimiento vuelve a reafirmar-se el A. cuando escribe: «Una segunda conclusión importante que se deduce fácilmente de mi trabajo es el carácter no-helénico del Cristia-nismo: si éste ha tomado de la lengua griega un cierto número de ex-presiones, éstas tienen muy poco que ver con lo que significan en el Nue-vo Testamento: sólo la imprescindible conexión que implica la búsqueda de un vocablo griego que pueda expresar, con la menor lejanía posible, el vocablo semítico correspondiente» (p. 14).

En coherencia con esta impresión que hoy puede confirmar, hace ya bastantes años el A. publicó un amplio y bien fundado artículo: *El con-cepto de «ekklesia» en el Antiguo Testamento*, en Est. Bibl., XXV, 3.º y 4.º (1966) 317-348, y XXVI, 1.º (1967) 5-38, en el que dejaba sentado el fundamento veterotestamentario de la eclesiología del Nuevo.

El libro que comentamos da un paso más, al investigar en el pensa-miento judío el trasfondo semántico de los textos del NT. Contiene una serie de trabajos que han ido viendo la luz aisladamente a lo largo de siete años, pero que están plenamente conectados entre sí. Es el fruto maduro de largas horas de reflexión y de estudio. Consta de dos partes diferentes, pero unidas por un mismo hilo metodológico, riguroso y pa-ciente: el estudio del vocabulario qumraní. El A. mantiene con datos fundados que la comunidad de Qumrán refleja un eslabón inapreciable entre el Antiguo Testamento y el Nuevo, en cuanto que no se puede considerar como un grupo fosilizado, sino un movimiento que camina «des-de actitudes típicamente sectarias y de *coetus* religioso replegado sobre sí mismo, a visiones más amplias, en las que Qumrán se considera a sí mis-mo como verdadero Israel, el aglutinante y detentador de las esencias del pueblo elegido, el *resto santo* de los que se salvarán y por medio de los cuales se cumplirán los planes salvíficos de Dios. En esta línea puede observarse una apropiación del mesianismo veterotestamentario por parte del movimiento qumraní» (p. 16).

La primera parte aborda el vocabulario de Qumrán que puede ilumi-nar el vocablo *ekklesia* o expresiones como «sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16,18 y 18,17). En la segunda con el mismo método, recorre la terminología qumrámica en torno al *misterio*, oculto por los siglos en Dios, vislumbrado oscuramente en la antigua economía y manifestado en la plenitud de los tiempos (Rom 16,25-26).

Tras un breve resumen temático de las tres obras más relevantes de

los descubrimientos de Khirbet-Qumrán —La Guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas (*Milhamáh*: 1QM), Los Himnos (*Hodayot*: 1QH), y el Documento de Damasco (*Cairo Document*: CD)— inicia el estudio sobre los aspectos eclesiológicos. Hasta seis términos (*yabad*; *'edab*; *qabal*; *söd*; *hibbur* y *haebaer*) son analizados minuciosamente con una estadística detallada de la frecuencia de los mismos en cada uno de los libros de Qumrán. Tan importante como el análisis de la exhaustiva relación de lugares concretos es la intuición teológica del A. para ir desglosando el contenido teológico, sin perder nunca de vista el fin propuesto de iluminar la eclesiología neotestamentaria. Son, en este sentido, dignas de elogio las anotaciones que hace aflorar tras el análisis de cada uno de los textos o grupos de textos, que le permiten formular con fundamento las conclusiones de las pp. 128-142.

Por una parte, hay datos suficientes que revelan la existencia de una «comunidad» distinta del común pueblo israelita, pero no opuesta, ya que se considera a sí misma como el auténtico Israel de los últimos días; desde el punto de vista literario no cabe dudar que el término *ekklesia* no fue creación de la primitiva comunidad cristiana deutero-paulina, sino que bien pudo usarlo el propio Jesús. Incluso el A. aventura los términos arameos que tienen más probabilidades de haber estado en boca de Nuestro Señor (pp. 139-142).

Recapitula el A. las características de la comunidad de Qumrán (pp. 130-134) para llegar a la conclusión más importante de esta primera parte: alusiones de los Himnos (1QH 6,26 y 7, 8-9) a la metáfora de la construcción para expresar la firmeza de la comunidad qumraní; expresiones como «mi comunidad» o «congregación de Su elegido» (1QH 5,24; 7,9; 14,18) resuenan en el *logion* de Mt 16,18 y son fundamento literario sólido para mantener «la postura de aceptación de la genuinidad de la frase en boca de Jesús y la verosimilitud de que sus discípulos pudieran entender vagamente que su Maestro, al mencionarles «mi iglesia», se refería a la comunidad mesiánica anunciada por los antiguos profetas de Israel» (p. 138).

Sobre la conexión del tema del «misterio» divino con los textos de Qumrán versa la segunda parte. Cuatro raíces ha rastreado el Autor: *r z*, *s t r*, *h b ' / h b h*, recorriendo como en la primera parte las frecuencias de las mismas en los textos qumránicos. El detenido y pormenorizado estudio filológico avala, una vez más, el valor de este trabajo. Sin este paciente análisis carecerían de fundamento las conclusiones teológicas y exegéticas a que llega el A., y que, como en el primer estudio, ha venido subrayando en cada uno de los apartados:

En primer lugar, el fundamento veterotestamentario de los temas conectados con el *misterio*, en concreto con los libros sapienciales, junto con los apocalípticos (p. 219). En cuanto al significado en Qumrán escribe el A.: «Se trata de un designio que sólo Dios sabe, de ahí el carácter de misterio (*raz*), cosa escondida (*mistar*), plan oculto (*söd*) que sólo se entreabre al hombre que ha adquirido la sabiduría» (p. 220). Misterio que se contiene escondido en la *Thoráh*, y, en general, en los escritos sagrados del AT. Además se refiere a la futura y maravillosa salvación de los justos y a la perdición de los impíos.

Consecuentemente la fraseología de San Pablo en torno al misterio, tan frecuente en sus escritos, no hay que buscarla directamente fuera del mundo religioso del AT; desde luego «no es necesario acudir a un préstamo de las religiones místicas helenistas a San Pablo para que la Revelación divina, enunciada por medio del Apóstol, tuviera a su disposición los elementos lingüísticos y literarios oportunos para expresar la doctrina cristiana sobre el *misterio* divino salvador. Le bastaba partir del propio mundo religioso judaico, canónico e incluso extracanónico» (p. 222).

Otra gran intuición que el Autor puede elevar a conclusión tras el minucioso trabajo es lo que denomina con el binomio continuidad/discontinuidad del Nuevo Testamento respecto del judaísmo en general y de Qumrán en particular; y la profunda originalidad de los escritos canónicos cristianos, a la vez que su entronque cultural y religioso con el judaísmo de su época. «Subrayaría, dice el Prof. Casciaro, la índole de continuidad y, al mismo tiempo, de discontinuidad del Nuevo Testamento respecto del judaísmo (...): el fenómeno histórico del Cristianismo se nos presenta irreductible a todas las previsiones de la observación humana; resulta paradójico que, en línea de continuidad con el vocabulario y con los conceptos del Antiguo Testamento y, hasta cierto punto, con el uso e interpretación que de ellos hace el judaísmo oficial de Jerusalén y su opositor de Qumrán, el Nuevo Testamento dé a esos vocablos y a esos conceptos una carga nueva, llena de vida, de pujanza y de originalidad; en otras palabras, sorprende cómo puede conjugarse la continuidad con una inimaginable discontinuidad» (p. 14).

Celebramos, pues, la aparición de esta importante monografía y hacemos votos para que de algún modo se culmine este camino, ya bien roturado, confrontando la fraseología y el pensamiento en torno a estos dos temas, entre el NT y otros documentos intertestamentarios.

SANTIAGO AUSIN

Enrique MOLINÉ, *Los Padres de la Iglesia. Una guía introductoria*, Madrid, Edit. Palabra («Biblioteca Palabra», 35 y 37), 1982, vols. I y II, 292 y 313 pp. 12,5 x 19.

El trabajo que aquí presentamos es «una guía introductoria a los Padres de la Iglesia y a sus escritos» (p. 25). Se trata, pues, de un instrumento de trabajo que facilita el acceso a manuales, tratados y especializaciones sobre el estudio de los primeros escritores de la Era cristiana. Sin duda, el lector que comience a recorrer el camino de la reflexión teológica, de la historia de la Iglesia o de sus dogmas y concilios, o el camino de la meditación de la Palabra de Dios, encontrará en este libro un buen compañero de viaje.

Dado el objetivo de carácter introductorio que motiva al autor, no se puede buscar en estas páginas la doctrina de todos los escritores de la época que comprende, es decir de los siglos I al VIII, ni de todas las regiones geográficas, tanto del Oriente como del Occidente. Ni siquiera el